fijo del seno en las desnudas pomas
como el pico de un cóndor, enclavado
en medio de dos cándidas palomas..... (1).

¡Una mujer! ¡La dulce compañera
no quiso separarse de su amado,
sino quedarse oculta en la bandera
de la Patria también, cual escondida
perla en el mar, para que así la Suerte,
que hizo de esas dos vidas una vida,
las cortara también con una muerte!
¡Y esa mujer, de carne desgarrada
por infame puñal, con la mirada
de un Sol de gloria en la pupila incierta;
esa sobre el cañón sacrificada,
esa..... es la imagen de la Patria muerta!

Y el combate prosigue todavía....
El combate es eterno;
porque para los héroes cada hora
es un siglo de afán y de ironía:
ya que morir desean, la demora
es un suplicio más, es el infierno,
es la perpetuidad de la agonía.

(1) Éste es un hecho histórico, á que alude el escritor chileno Vicuña Mackenna, en su narración del asalto á Arica.

¡Oh! ¡qué horrible es el ver en los dos lados
caer unos tras otros los soldados,
yerbas en que el corcel hunde la planta
ó frutos por las piedras arrancados!
¡Oh! ¡qué horrible es saber que en la contienda
el que cae, al caer sólo adelanta
un paso más por nuestra propia senda!
Menos horrible fuera, si es segura
la muerte al fin, el que á la vez caídos
hallaran una sola sepultura
todos á un tiempo y para siempre unidos.
¡Cuán vil es el deseo del tirano:
hacer una de todas las cabezas
para cortarla con su propia mano;
mas siempre es menos vil que las vilezas
del Destino inhumano,
que á sus débiles víctimas inmola,
unas ante otras sin piedad alguna:
no hace de las cabezas una sola,
pero las va cortando una por una!

V

LA MUERTE DEL HÉROE

Bolognesi, vibrante y encendido
en patriótico ardor, buscaba acaso
que pronta muerte le saltara al paso ;
y como hubiera sido
corto esa dia para tanta gloria,
si Josué paró al Sol en su carrera
hasta alcanzar la bíblica victoria,
¡ ah ! también él lo hubiera detenido
para seguir en la batalla fiera,
hasta haber muerto..... ya que no vencido.
En medio de la horrenda vocería,

cada cual fulminaba entre el tumulto
tanto golpe, que al fin no se sabía,
porque en la confusión quedaba oculto,
quien lo daba, ni quien lo recibía.

La Muerte en su corcel llegó de lejos
y á manera de flecha disparada
que va certera al blanco, su mirada
envolvió al Héroe en pálidos reflejos.

No se oyó un leve grito.....
Sólo se oyó un ruido atropellado :
estrépito de cuerpo que ha rodado ;
metálico rumor de armas de guerra ;
y del corcel, al punto disparado,
el trote que hizo palpitar la tierra.....

La Muerte, entonces, con nerviosa mano
clavó la espada heroica contra el suelo ;
se arrodilló ante el último espartano.
¡ Y largo tiempo huérfana y clavada
al pié del héroe, como cruz de duelo,
quedo temblando la vibrante espada !
Y en torno del cadáver, el hiviente
combate arreció más, como una airada
ráfaga que girase repentina...
¡ Cuando cae un peñón en un torrente,
el tropel de la rápida corriente
en torno del peñón se arremolina !

VI

FIN DEL ASALTO

De pronto, en su corcel, entre el tumulto
que arrolla el invasor, rápido avanza
Alfonso Ugarte: esgrime un meteoro.
Tal en las sombras del dolor oculto
brilla á veces un rayo de esperanza.....

Es blanco su corcel (cascos de oro
y pupilas de Sol). Rasga la bruma
como flecha veloz; y sobre el alta
cumbre erguido en dos pies, salpica espuma
con relincho de horror..... ¡y luego salta!

Estrellóse por fin en la ribera;
y la ola al besarlo lastimera
lo envolvió en la mortaja de su espuma:
mientras un solo instante, uno tan solo,
detuvo su fragor la lucha fiera;
que todos, todos, con sorpresa suma,
parecían mirar entre la bruma
el rayo aún de esa veloz carrera.....

En tanto, sobre el Morro en el postrero
fuerte del norte, un grupo denodado,
resiste altivo al vencedor, que fiero
en su innúmera hueste lo ha encerrado,
como en compacto círculo de acero.
El asalto invasor rompe la valla,
que cede al fin; y el grupo prisionero
es el punto final de la batalla.

Aunque sobre el fragor, cual voz de trueno,
pregonó paz á la revuelta tropa
el ronco grito del clarín chileno,
la cólera inundando la ribera
y el rencor rebalsando de la copa
no se saciaron con la lucha fiera;
y en grupos, á los bravos paladines
que aprisionado había, despiadada
la tropa quiso asesinar. ¡En vano
se enronqueció la voz de los clarines!

Un capitán chileno, con la espada
en la nerviosa mano,
impuso paz entre la tropa airada
y la vida amparó de los cautivos,
que así pudieron, tras el odio insano
de la hueste furiosa, quedar vivos.

El mismo SALVO fué. Quiso la Suerte
dejar con ello su misión cumplida ;
y así el que fué emisario de la Muerte,
fué después mensajero de la Vida.

Semilla heroica de una raza fuerte,
esos sobrevivientes, que entre el ronco
trueno de los cañones, á su paso
tropezaron mil veces
sin llegar á caer, fueron acaso
las más amargas, dolorosas heces,
ya que no por vivir fueron felices :
así al golpe del hacha rueda el tronco ;
pero quedan clavadas las raíces.

¡ Ay ! y luego..... las ruinas por doquiera.
El clarín pregonando la victoria
y en la altitud la tricolor bandera ;
el sol vertiendo su esplendor de gloria,
á través de los lóbregos crespones
del humo denso ; la lejana flota,

con las bocas de horror de sus cañones
fijas hacia la cúspide remota ;
y en el fuerte postrer del ronco estruendo,
temblorosas, danzantes, serpentinas,
llamas rojas y azules relamiendo
el informe tumulto de las ruinas.....

Mañana..... de los fúnebres despojos
el rastro quedará ; y ante los ojos
del viajero, que ansioso de impresiones
abra la tierra, saltarán opresos
bajo las duras piedras, en montones,
descarnados al fin los tristes huesos.....

Luengos años después, como arca santa,
el ataúd de esos despojos vino
á buscar amantísimo reposo
en la tierra natal. ¡ Oh musa, canta
esa vuelta al hogar ! No fué el camino
por dó el pródigo hijo licencioso
llega al festín paternó : fué la senda
de heroicos y de injustos sacrificios,
que señaló á través de la contienda,
en el desierto de infecundos vicios,
de la esperanza la segura tienda.

¡ Ah ! fué la vuelta del pendón rasgado
á las manos del último soldado,

que á no morir en el combate alcanza ;
y fué un soplo que vino del pasado
á avivar el ardor de la esperanza !.....

¡Y volvieron, al fin, esos despojos !
Como al cadáver de Héctor en la Iliada,
los salió á recibir el pueblo entero.....
La voz trémula y húmedos los ojos,
ya Casandra no fué la que inspirada,
de la altitud los saludó primero, —
sino la Patria misma que, la espada
rota en la diestra y con crespón de luto,
cual una reina viuda y desolada
que en su propio dolor se dignifica,
buscó en la confusión, tal como un fruto
entre mil flores, al Titán de Arica !.....

Y arrojándose á él en su desvelo,
lo estrechaba con hórrida agonía ;
y, como Hécuba á Héctor, le decía :
—¡Tú eres de cuantos hijos me dió el cielo
el que más adoraba el alma mía ! —

EPÍLOGO

Y la noche primer del cautiverio
sobre el Morro cayó.
Lumbre sangrienta
iluminó ese vasto cementerio :
y de entonces, el Morro, entre el misterio
tenebroso y profundo del pasado,
es así como un túmulo que ostenta
el cadáver de un pueblo embalsamado.....

El noble pueblo, que en feral combate
se desplomó sobre sus propias ruinas,
orgulloso de glorias, no se abate ;
pero recorre á golpes de acicate,
quebradas de dolor, cuestas de espinas.....

El pueblo, que en la luz del heroismo
envolviera la cúspide eminente,
tiene hoy nubes de horror sobre su frente
y entre su corazón lutos de abismo.

Tal, del griego en el símbolo sagrado,
el corcel vencedor en la carrera
de los juegos olímpicos, orlado
del clásico laurel; el que en la fiera
batalla, lejos de aplacar su brío,
mostróse como nunca denodado;
el que anduvo por sendas de zarzales,
y aventuróse por el bosque umbrío
sin temblar una vez; el que la gloria
alcanzó de los cánticos triunfales,
está, á veces, cual sombra de sí mismo,
que nada dice de su vieja historia,
condenado por fiero despotismo
á vivir dando vueltas á una noria.

La roca altiva, que azotó la ola,
siempre será señora de la playa...
Patria que en su viudez halla aureola,
puede enorgullecerse de estar sola:
tiene la soledad del Himalaya.

Y sola así la Patria dolorida.
en a cumbre del Morro, con las ramas

ya quebradas del árbol de su vida,
hacer debe una hoguera:
tal el héroe inmortal se apareciera,
como Dios á Moisés, entre las llamas
de la zarza encendida.

Y como ofrenda al Héroe, arroje luego,
á la hoguera también, vicios pasados,
viejas leyes y sórdidas costumbres,
para que en ese fuego
los dolores por fin purificados
brillen como el incendio de las cumbres:
á la luz de la hoguera, el seno obscuro
del horizonte se abrirá rasgado;
y, consumiendo en llamas el pasado,
de las cenizas surgirá el futuro:
¡y el patrio pabellón teñido en rojo,
cuando se apague la gloriosa hoguera,
flotará sobre el último despojo
como una llamarada hecha bandera!

IV

POEMAS MODERNISTAS